



“Primero te lo creés vos,
después recién te preocupás
por hacérselo creer al mundo”

El Editor

Juan Pablo Rudolffi

NARCOSIS BERMELLÓN



JUAN PABLO RUDOLFFI
Narcosis Bermellón – 1a ed. Ediciones Croupier, 2015
96pag. ; 12x18 cm.

1. Poesía

ISBN 978-987-29561-1-0

Contacto con el autor:
juanrudolffi@gmail.com

Diseño: Paola Lopez
Diseño de portada: Carolina Cue

Edición: Diego Herrera /
diegoherrera75@hotmail.com
Coedición: Paola Lopez / pao181@live.com.ar

PROLOGO

“El poeta ama, no se asombra. No se espanta, llama”

José Martí

Conocí a Juan en el 2012: los dos entramos a estudiar Literatura ese año, él venía del norte, de Calama específicamente, de la tristeza del desierto, de la soledad que atrapa entre sus llanuras; yo venía de esta ciudad gris que aplasta en rapidez, del Santiago amado por los extranjeros que ven en él una oportunidad, de la ciudad con el falo gigante que se ve desde el espacio; peor aún, venía de estudiar Enfermería, de estar en el limbo identitario, con esas mujeres atrofiadas en hígados, intestinos, inyecciones y sondas genitales, ahogadas en preguntas anatómicas, de cuidados a pacientes, de deshumanizaciones varias. Brujas.

Puedo decir que las Letras me salvaron; creo que lo mismo le ocurrió al autor de estos poemas y a todos nuestros compañeros que decidieron aventurarse en la mística del lenguaje y la poesía. Porque el lenguaje embauca, te atrapa y con ello regala una responsabilidad de acción y ser; que la abstracción se disipe en su materialización,

que las creaciones no queden en la mente de los ingenuos ni en la mirada del sordo, que ya no podrás concebir lo que antes ignorabas porque una vez adquirida la magia latente de lopoético no puedes evitarla, retroceder el tiempo y ser insensible al respecto.

Como el amor condenado en las páginas siguientes que tú, lector, leerás, te condeno. Sí, a ti, al que decidió aventurarse en el sendero de la poesía, el que caminará por colinas pequeñas -y otras no tanto- de lo sublime. Porque alguna vez Gonzalo Millán dijo que para escribir había que hacerlo desde la cicatriz, desde la herida, desde el dolor; desde ahí nace *Narcosis Bermellón*. Es la desesperanza de lo que ya pasó, la nostalgia de rememorar amores, situaciones, momentos que no cesan en su divagación presente, cual neuralgia de existencia como marea de profundidad. Es el viaje de la creación el que nos obliga a avanzar y enterrarnos en aquel dolor punzante; la labor del poeta es compartir su experiencia y aprendizaje, ya sea en un viaje mental, imaginario, físico, astral o *En el camino*, a lo Kerouac.

Por lo mismo te condeno al encierro, a la asfixia de las palabras que nacen en dolor. Tú, lector, déjate nacer para el caos. Deja el alimento diario para ayunar en obsesiones; que cuando es noche

fría y la flor azul de Novalis nos visita, estarás abierto a percibir más allá de los mundanos sentidos. Espero que esta condena no pese más que cien mil muertos porque la Luna remueve el cielo interior como caballo galopante; el Sol te asegurará al día siguiente del caos que sin aquella tempestad no podrías evolucionar en ti mismo. La neuralgia entonces, se disipará en cosmos, en el fluir del río, en la unión entre lo sagrado y lo profano; porque de eso va y viene el dolor, de profundidad que mengua en espiritualidad. O más caos, según el gusto del vividor. Ambos modos no privarán el disfrute que descubrirás en la dulce Narcosis de los versos que me siguen.

Katherine Hoch
Enero del 2015, Santiago

“Cuando todos se vayan a otros planetas yo quedaré en la ciudad abandonada bebiendo un último vaso de cerveza, y luego volveré al pueblo donde siempre regreso como el borracho a la taberna y el niño a cabalgar en el balancín roto.”

Jorge Teillier.

Dedicado a los muertos de mi historia...

Los tiempos del pájaro

Y llegaste corriendo
con el paso de los animales,
mientras estrujaban los gritos desde esquinas
mas infectadas,
y hacía tanto frío que los pájaros caían en picada
congelados.

Estuvo cerca,
uno
en la noche
antes de verte cerrar los ojos,
y tu blanca cara intoxicaba los pasos
y silenciosamente me propones la idea,
la idea de huir.

Yo no resbalo ni tiemblo
y me dispongo a velarte los sueños
a integrarme a la extensa caminata en dirección a
la sogá
donde desmontaré la ropa que habías dejado
tendida hace tantos años...

(II)

Porque te callaste tras esa gran diferencia
viste caer mis lágrimas.
Son de ceniza me dijiste,

son de ceniza.

Uno de los pájaros estaba quebrado frente a tus zapatos...

no lo pises,

pareciera que aún respira.

Entra a entender...

Así me condenaste entonces a un libro,
donde las criaturas son y están según tu
conveniencia,

y de lejos se ven a miles de amigos acribillando a
patadas en la cara a otros cuantos.

Así se ven tus mentiras,

tu alejamiento de oro,

tu condena madrugadora.

Exigiendo quitarle la vida a los peces.

Volvemos al origen,

me siento en aquel lugar...

(III)

Mírate ahora de loca distraída cortándole el filtro
a un cigarrillo para que entre más fuerte,

mírate primera en la fila del banco

con los brazos decaídos por la velocidad de la
ciudad.

Luego, mírate esperando micro para volver a casa
entrar y ver a un tipo borracho
mirando el televisor,
pensando en otra.

Entonces se para y exige le llenes el vaso,
le riegues las plantas,
le traigas la cocina.
Escuchas en silencio las humillaciones que quiere
proponer sobre tu familia.

Te agarra por atrás
lame tu cuello pulcro, arisco, indefendible.
Con una mano te aprieta de la cintura y con la
otra recorre tu cuerpo.
Palpa insistente y hediondo tu estanque con
cobertura
y rompe la nuez de tu tranquilidad.

Ahí estás tú
calmando de a poco ese dolor.
El muchacho vuelve a la televisión,
las plantas se secan al pasar los años como tu
vista al parrón.
Envejecen las lozas que sólo te recuerdan que
estás en casa,
las filas enloquecen
los bancos quedan intactos.

(Nadie te ama tanto como yo)
veme solitario, trenzando una escalera con
lágrimas.

Nadie te ama tanto como yo,
nadie baja las estrellas y resucita a la niña de las
noches.

(Nadie te ama tanto como yo)
veme aquí,
tan sólo 16 años,
soy el muchacho que te busca en la escalera,
que te persigue en la noche inofensivo del frío,
el que te lleva a cantar,
el que te escribe cartas procurando sean poemas,
el que te habló noches completas de sagas que no
existen.

Veme aquí luego a los 20 años.
Ya he paseado tu cuerpo por el espiral.
Ya fui fotografiado contigo, trofeo maldito
ya me escapé alguna vez.
Soy yo, el viejo árbol seco que vigila tu
sentencia,
el que te espera
una noche cualquiera,
a una hora cualquiera,
con la cuchilla de mango marrón
para apagarte los ojos definitivamente.

(Nadie te ama tanto como yo)
veme solitario, trenzando una escalera con
lágrimas.

(Nadie te ama tanto como yo,
nadie baja las estrellas y resucita a la niña de las
noches.

Nadie te ama tanto como yo)

-Si esperas en silencio sentirás como caen... Son
miles, son miles... silencio.

(La muchacha enciende un cigarrillo, y al
instante se quiebra el ventanal. Cae sobre sus
pies un triste pájaro negro, congelado. Lo
corre... Se pone de pie... Pone más leña)

Espina ideal

El frío... el frío es lo único que siento.
El salivar sangrante de una garganta desgarrada
y un recluso espacio de disparos
atarantando el desvarío impecable
de los perros que ladran a las 6:21 de la mañana.

No tengo más que el frío, más que el frío y el eco
de los perros
y un salivar sangrante y una garganta
desgarrada.

No tengo poco,
pero lo que tengo duele,
considerando también el recluso espacio de los
disparos.

Baja canción de muertos
hasta donde yo te pueda escuchar,
inmóvil, a la deriva
la pertenencia es el peligro de oro
con el que ponen en la mano al que piense, cobre
o actúe, el que antes te asusta, hoy te gusta
porque las calles oscuras se olvidan,
y el auto en el que subiste veloz para no tenerlo
cerca se OL-VI-DA...

Entonces,
comunicación con un final de cuentos para
terminar la partida,
y no roces de piernas rotas inflamando el uso del
cauce carnal.

Ni baños de sangre en las calles,
o golpes de odio en las esquinas,
o brisas en vísperas de una blusa quitada.

Lo claro de pronto es que ya no se duerme,
sólo se sienten los perros que ladran
y un puñal como el tuyo poseyendo mi garganta,
y un disparo como el tuyo poseyendo mi
dominio,
y el ver sangrar del zaguán donde esperaste mi
auxilio
nos trae tal vez más cerca la noche.

O el fuerte temblor con que menstrua a
sabiendas del olvido...

Las entradas del tiempo o miradas de amor

Recuerdo muy bien cómo te obsequiabas
promiscua al fuego,
y tu puntapié a las calles me inundó de
esquelético frío,
cuando sobre el agua corría la tierra
y despedías mi mirada
cerrando de un portazo el taxi.

Eras una pequeña e inolvidablemente terrible
palabra
escrita a rasguños sobre los cantos en las rocas
del tiempo,
y a poco que me mirabas me interpelaste,
y sufrí entonces por mí que me quedaba ciego
creyendo en un clamor de tu aliento que no me
dejó nunca.

Y sufrí igual por tí que te envenenabas el alma
humillándote por volver a cabalgar con tu
pasado.

Tranquila, te dije, tranquila, y me gritaste:
anda y reconoce tus manos que ya no me
pertenecen,
tú y tu suavidad de piedras, me gritaste.

Y te separaste tan rápido que ya no te seguía
ni el recuerdo que creabas, ni el grito demoledor
que nadie escuchó
y que a poco ya todos renunciaron.

Mujer, mujer, mujer, mujer, mujer
muge al olvido la centésima pregunta de tu
alfabeto adolorido,
y traga tan pronto como se te entregue la hile del
desafuero,
y sufre como yo,
tan de rodillas
tan arruinada y golpeada por las entradas del
tiempo.

Dices que te urge marchar
Y vuelves tan pronto como te alejas.

Dices que tienes que ir a la casa a llorar.
Dices que se acabó el tiempo.

Apuestas, quieres ganancia y risa
y nada más.

“Eres tan raro Juan,
tan extraño Juan,
me das pena Juan.
Ya ni ríes Juan,
ni cantas,
ni caminas.

Ni alumbras como antes el sendero.

Juan ya no me abrazas,
ya no puedes Juan
ni dar las manos,
ni arrepentirte Juan.

Di la verdad Juan, - me dices-
Juan,
-me dices- Juan
Juan
Juan
Juan
Juan”

Pero igual te equivocaste cabra distraída al
preguntarme por otros,
y de seguro era yo nuevamente con distintas
penas.

Me había sacado la barba por eso no me
conociste,
porque ya no cojeaba para caminar.
No guardaba magia ahumada,
pero en el fondo era el mismo,
yo, el mismo Juan que antecedió tu carnaval.

Por eso me apreté

y rasguñé mis nudillos golpeando el tiempo
mientras mordí los labios
inundando todo de pájaros del cielo, del desierto
y molida de encías,
algún canto en el camino donde buscarte.

Naufragué en tu dirección
en un mapa de tu país,
de tu desierto seco
de tu silencio,
y encontré la casa donde te escondiste.

Pero ya no estabas
había solo una mujer con tu mismo rostro,
con tu mismas manos
tu misma ropa...
pero no eras tú,
pues no me amabas
“¡Juan!, ¡juan!, ¡juan!, ¡juan!” (Recordaba el eco de
tu pronunciamiento).

Me vestí de oficina
incorporé mis manos a la tierra
y me callé,
porque es mejor morir distraído
que de la pena que había dejado tu silencio en el
dibujo de las aves.

Entonces así las banderas que te trajeron las
entradas del tiempo

te devuelven contaminante, trapo sucio
insostenible
miradas de amor, oh miradas de amor... las
entradas del tiempo... ¡ oh! miradas de amor.

Poema en vino

Y así entonces te fuiste perdiendo de mi vista
defendiendo el salto
criminal de tus regalos,
incorporándote como un recuerdo
terrible y forzoso,
y así entonces, gritaste obteniendo tu soledad

“¡No!” me dijiste,
“¡No!” me dijiste...

Por eso aparecí con mi dolor a miles de
kilómetros por hora,
por eso y además porque me moría de pena
fuera de tu casa,
haciendo las máximas artimañas para sentir el
olor de tu cocina.

“¡No!” me dijiste
pero igual te tragaste mi lengua
y reventé en una calle, caminando, reventé...

Veme aquí,
sigo sentado en el autobús y las lágrimas solo
acarician mi garganta, todo interno ya no respiro.

Veme aquí,
soy aquel mueble, aquel disparate en aquel
poste.
Soy ese muchacho que pasa a tu lado en bicicleta,
el niño que molesta hasta al llanto a otro niño en
la escuela,
la nena adolescente que le cuenta a su madre que
pronto parirá,
el disparo cuando entra.

Juego con tus perros,
riego tus plantas.

Veme aquí,
soy el fantasma de todos tus muertos olvidados.
Ya no me conoces,
¿ya no me conoces?
“¡No!” me dijiste
Y luego te olvidaste.

Voz de noche

Y mirarte de lejos me sorprende
tras el reflejo de fotos terribles
que indican que el tiempo ha pasado
ferozmente por las sombras del desierto
donde caminé junto al frío
una vez sin parar.

Y me muerdo el espanto recordando tantas cosas
como un fuerte vuelo maldito o una canción de
cuna
o simples dedos marrones teñidos por nicotina.

La noche es más fuerte cuando no se duerme,
y reflejos de relojes que han desaparecido hace
años
marcan la velocidad con la que cambias las
horas,
y recalca tremendamente esa amenaza de que tal
vez no volverás jamás.

Por eso me espanto y viajo con mis sangres
a tu casa, donde han dejado los gatos
y el cruel silencio aparece,
después de quedar terriblemente descolocado
al extrañar tus manos.

Así que pasa la noche
y vuelvo a mis barriales solitarios.
Aniquilo la angustia,
camino de árbol.

Juego a contar las últimas estrellas
y claramente me miento
cuando sorprendo tus ojos reflejándome desde la
taza de vino.
No son más que los míos intentando observar.

Me queda la pena,
que es la máxima garantía de que no te olvido,
y las sombras que vuelan lejos
y los cielos destruidos.

Tu nombre subrayado en una guía telefónica
los sinceros pésames
en la carnívora primavera
donde mirarte de lejos me sorprende,
tras el reflejo de fotos terribles.

FUNDAMENTO DEL GRITO EN EL RÍO LOA

UNO

A las cinco menos diez el primer choque eléctrico entró hasta mi casa. Vi caerse los pájaros del techo de mi pieza, vi caerse los pájaros y moverse las cortinas. Nadie estaba a salvo, aquellas voces que sólo lloraban ahora se reían, nadie podía ayudarme pensé, parece que estoy muy solo pensé, recibiendo los lumazos de miles de siglos de castigo, con mi espalda y mi cara molida ...

Si, fui un tipo malo claro está, recorrí el planeta cortando plantas que ya están extintas, entré a todos los féretros cambiando huesos jugando a amar, cada segundo en cada minuto, viendo los placeres mortificantes como cosa de imprescindible solución... ahora, que solo puedo despertar; bajan de mi los cascabeles del río Loa, con el perro ahogado flotando con las patas amarradas al musgo. El perro y muchos cráneos de perros tapizan el fondo , sin un caudal más poderoso que el caudal de la tormenta, y se van lleno los pétalos de rosas blancas que había tirado mi madre, como si de algo hubiese servido

su clamor, el sacrificio de mi madre, la distancia de mi madre, las visitas al psiquiátrico en el que me encontraba depositado con mi madre.

Dios es un perro, y juega a morderte el cuello y zamarrearte. Te riega de jazmines olorosos el pasillo que te encamina al infierno. Te llena de ninfas imprescindibles, completamente hermosas en la cueva del camino hasta el infierno, como en un pique, como en la corriente de un pique y la concha de su madre.

DOS

Seis manzanas son las que confieso vi ser tragada por esos rojos labios. Seis manzanas bajaron indiscutiblemente enteras por esa blanca garganta. Su pecho está salido, tiene un hueso salido, el pelo rojo como la lava, los dedos largos como puñales.

Ven a buscarme, estoy tan solo y desamparado en el frenesí de un nuevo día de oficina, tan solo y desamparado baboseándome el odio influenciado por el cólera de un vaso sin nada. Me dejarás morir seguramente, armaremos tropa de locos que saquearan las grandes-tiendas y los paseos públicos. Mi hermana me verá con rechazo cuando yo viejo y calvo me acerque a

pedirle ayuda. Estaremos todos tiritando palomita, fuerte vuelo y furia palomita, besos rojos y lluvia palomita, canto al destino impreciso palomita, viaje al infierno de años palomita, canta al camino los años palomita, llórale al cristo de hierro palomita, solución de flores de Bach palomita, rostros tan tristes y solos palomita...

Irás también tú a caminar, ya no quedan manzanas en mi casa
¿Por qué me rechazas?

TRES

Si ya sé que no vas a volver ¿Por qué me imploras que te perdone?

Si ya sé que no va a volver el invierno de 1990
¿Por qué tendría que perdonarlo?

Si ya sé que no volverán ni los cristales ni los rieles, ni esa mi última suplica amarga... ¿Quién podría perdonarme a mí?...

CUATRO

Amado amor de las calles que he recorrido.
Amor de la calle y confusión del hombre, salto de sapos y ranas, todo lleno de ranas en el río Loa,

de pumpullos y peces muertos, navegan por el oscuro río de minerales, como carga de barro en bajada van llorosos los minerales. El agua es bebida por los paisas, se les vuelve la cara de arcilla, las manos con las que amparan los charangos, con las que sacan el choclo se vuelve de arcilla. Las llamas y los guanacos no se alejan, nadie caza el corazón de una tierra tan seca, nadie puede morir comiendo cobre, sólo se muere de amor y de viejo, los viejos se vuelven viejos sin amor, la carne desaparece cuando la escondemos bajo la tierra.

Quiero que me dejen podrir en la ataduras de mi cama, quiero que mi cuerpo se pegue a las sabanas, ¡pero qué digo, ni siquiera tengo cama!, no he tomado amor en el agua del río Loa, no me he vuelto de barro moldeado por los viejos. Allí me encontraran armando armas para entregársela al ganado, soplando zampoñas, ruido que nadie escuchará, todos los ojos que verán dibujados serán los ojos de una extraña, grandes ojos fingen el amor en el río Loa, siembra el amor como un disparo entre mis lágrimas y las de ella tan cerca del río Loa.

CINCO

¡Córrete!

<<El agua corre entre las rodillas>>

¡Córrete!

<<anda y búscame en el árbol de los ahorcados del río Loa>>

¿Dónde estás?

<<El agua corre impecable, ya llega a los talones>>

¿Dónde estás?

<<Todo el mundo silva esta noche bajo el árbol del placer del río Loa>>

¿Acaso no viste como se rajaban mis piernas en el frío de esa noche?

Junto la huida el escape de los gatos el ruido del motor,

el viejo pescador sólo pasea podrido por el 21,
todos los peces reconocen a su criminal en conchi viejo

¿Pero tú?

¿Acaso reconociste que me faltaba el aliento?

¿Qué me perdía ahogado bajo el amor de tus árboles y plantas que son todos los árboles y plantas de yalquincha?

¿Camina conmigo por el río Loa?

En la noche salen indigentes,

no tengas miedo,
no me escuchas y tiemblo
sólo una suave y ligera caricia me abriga esta
noche, y es la caricia más opaca que he visto, la
que deja el humo de un cigarrillo, con los oídos
atentos al silbido de una ciudad y los ojos
mojados inundando el amor del río Loa.

SEIS

Ya es muy tarde, y el eco de tu voz junto al frío
no son muy buena compañía,
el eco de tu voz imaginaria claro está, que si
estuvieras, el frío se ahogaría,
cariño, golpe recuerdos... suena la radio.
Es la radio del corazón de los demonios,
es tarde y me han golpeado el brazo, miro a
todos lados pero no corro.

Puedes ser tú, espero y grito tres veces tu nombre
¡Fernanda!, ¡Renata!, ¡Javiera!
Siento la risa del demonio en mi propia risa y el
chillido perturbador del nocturno choque del
agua con las piedras. Vuelvo a sentarme en la
tierra, como de la tierra, como de la tierra y del
viento me alimento esta pena.

Habías dicho que vendrías, me dejaste un mensaje en la casa con la chiqui. Me dijiste que vendrías, que aguarde, que un corazón de asalto me dejaría impávido, viendo solamente el corazón que no demora, no mis huesos y mis dedos inflamados en el poderoso rugir del río Loa, no así, de esa forma y a esa hora la muerte eterna.

SIETE

Usted reconocerá el corrido, último canto y disfraces,
usted reconocerá al paseante con su imperturbable soledad de años.

Yo soy ese hombre,
usted me ha dejado un beso flotando en ciertos paisajes del río Loa,
usted me ha dejado un tormento como de muerte en cada calle de la ciudad de Calama,
en sus pueblos, en sus vientos.
Usted, muerte de muerta es el infierno del canto enamorado del río Loa,
tu boca y tu sexo son disfraces de muerte en mi pena de amores del río Loa,
con la calle de testigo,
con tus lágrimas muertas flotando asquerosas entre el musgo y las uñas de los perros.

No diré más,
no volverás con un cigarro y un cordero
inflamado,
este es el año de los odios y el dolor, este es el
grito,
ya no te encuentro
Palomita entre los dedos,
sufre entonces como yo cuando atraveses el
desierto y tengas que ver inevitablemente esta
condena en el río Loa.

Muchacha muerta en el Loa

¿Escuchaste cómo se ríen?

Toda la noche se han reído y aun así tú no despiertas.

Estaba soñando que te morías
que en un pozo azul se descomponía tu cara,
que tus ojos no daban más de tantos gusanos y
larvas,
que las lágrimas perdían su curso.

Estaba soñando que amanecía,
que un día cualquiera me dejabas de importar,
que caminaba feliz por la pampa del Loa,
mirando volcanes que parecían tan accesibles.

Ellos no han parado de reír,
y tú continuas el curso de los sueños
en el fondo un viejo aromo te saludó,
un viejo pimienta,
un viejo nogal.

Los gatos se hacen triza en los tejados,
y en la calle oscura, justo al fondo, un viejo no
para de hablar
¿era necesario entonces partir haciendo promesas
que no se cumplen?

¿inventar cuentos poniendo el suspenso en la
pena?

¿amortiguar en tu cintura?

Cae la mañana y no puedo dejar de llorar.

Viste romperse mis manos,

tú con tu sortilegio de migajas

sólo te importaba la opinión de otros tantos,

por eso corrí al baño y empecé a rajarme los

muslos con el cuchillo de una afeitadora,

por eso y porque supe que habían muerto mis
niñas,

porque los hijos jugaron siempre a perderse al
final del naufragio,

porque sólo se puede amar lo que es sincero,

porque el amor es un juego lamentoso

que deja sin alas

a quien ame más...

Aún duermes, y no dejan de reír todos en casa,
mis manos se abrigan con el tazón sangrante que
olvidaste.

Ya no queda nada,

sólo tu cara muriendo en el pozo azul,

y tus ojos agusanados por el tiempo.

Todos nos fuimos antes alguna vez,

tomamos las maletas...

No debemos regresar.

Cueva de fiebre.

¿Qué terminaré desterrado? ¡ no me digas! Si ni
yo mismo me encuentro. - Perdí mis ojos en una
plaza del centro,
perdí mis ojos y sus brillos en el paradero,
esperando atormentado
la escalera amarga para despedir mi alma-

No me encuentro ni encuentro a los cadáveres,
ni la influencia del caminar con miedo
sintiendo cada paso del grito de frío,
la mordida de las piedras,
y las piernas que sólo muerden.
El agonizar de Venus.

¿Qué me quedaré solo? ¡No me digas!
pequeño fantasma de pequeño pueblo, ojos, mis
ojos
me marcharé, no le contaré al día,
buscaré brusco un jirón de tu anzuelo, pondré
ese pañuelo, tu pañuelo en mi atardecer,
cabalgaré con una mentira, yo y mis primos,
cabalgaré.

Pasaremos por los ríos que sólo nos recuerdan
que estuviste,
contemplaremos desde una esquina a los viejos

buses marcharse como barcos
y nadie nos corresponderá.

Mi rostro será una incógnita que velará los
sueños de nadie
y sonreirá al ver a miles de niños sacrificados en
el centro de mis ojos que no perdonan al viento.

El limbo

Me vinieron a buscar ahora todos los muertos.
Yo y mis perros nos despedimos felices,
sobre un árbol,
acribillado de cera.

Todos nos despedimos felices,
pero los muertos,
nos contrajeron los brazos
y pensé
en la osada caminata que nos quedaba,
y que quise lamentar

“No te agites”, (le dije a un muerto),
“despídeme de dios y el diablo”
Tomaré por la avenida sin lluvia,
mañana cuando amanezca,
“no te agites”, (le dije)
Y se rió,
nos despedimos contentos,
todos los perros de mi niñez se marcharon
y yo
continué feliz,
pensé en los primos
y los hermanos,
y en el doctor León, si bien no me pudo quitar el
gusto a beber, al menos si me inculcó el gusto a

la vida.

Pero ahora... justo ahora, que nos despedimos
felices,
me fui con todos los muertos.

Huida

Porque te apagaste dejé mis ojos y mi cáncer
aquella tarde
y volé sobre un sinfín de irritaciones.

Porque te apagaste y además porque ya no
servían
ni tus gritos desesperados, ni tus ojos de acrílico.

Me fui,
porque es sereno respirar ante la amenaza,
por eso y porque te apagaste nuevamente
mientras miraba la tierra palidecer
para armarse grietas en la tarde que ya no
vuelve.

Deje tu corazón atravesado sobre la mesa
y bajo,
muy bajo
una nota al reloj que solo sabe,
que siempre te recuerda.

Los Espejos

Véame aquí en el espejo,
tan cercano al tiempo en el que
usted se olvidó de mí
y yo me olvide de usted.

Y pensar que siempre creí que hace años
sería la última vez que te vería comer,
engullir en un lugar céntrico lo que queda del
viento,
morder tristemente la colilla de un cigarro,
mover la mano distraída,
soplar la taza del té.

Véame aquí en el espejo,
tan cercano al tiempo en el que
usted se olvidó de mí,
y yo me olvidé de usted.

Y fue corriendo a sorprenderse con nada,
se puso los lentes que sólo le recordaban que
existen caras,
marchitó fríamente el invierno
y acarició cuanto pudo
a un perro negro
mientras la policía detenía a "Chico listo".

Véame aquí en el espejo,
tan cercano al tiempo en el que
usted se olvidó de mí,
y yo me olvidé de usted.

Pero no me olvidé del todo,
continúe buscando las migas de pan
que dejé para recordar el camino de tu casa.

Puse mi atención en cada brillo de ojo,
en cada calle puse atención.
Resistí el terrible palo de frío
y cuando menos lo pensé
vi embellecer
el ángulo de tu labio,
y el taxista contándonos de un ángel maldito
que moría de cáncer,
por recibir un feroz golpe en los testículos de
parte de un gendarme.

Nadie te pudo amar tanto
pensaría,
pero ya sabes que no es verdad.

Véame aquí en el espejo
tan cercano al tiempo en el que
usted se olvidó de mí,
Y yo me olvidé de usted.

Un fantasma en Chuquicamata

¿Y ya para qué tanta puerta cerrada?
¿Tanto grito encadenado sobre un banco de
madera?
¿Para qué el árbol blanco por el polvo de casas
que han sido abandonadas hace tantos años?
Pasa moliéndose los dientes
el recuerdo de la noche,
y el frío es su único permiso.

Voy a volver cavando los cerros
y sacaré bailando a la muñeca del patio,
en el cuarto donde ni el día ni la noche llegan,
llevaré luciérnagas en las manos
y sangre en los ojos
con los que alumbraré una madrugada.

Me sentaré a tomar un vaso de vino
en el rincón donde mi padre se sentaba,
admiraré el fantasma de todos mis perros
y el inevitable fantasma de todos mis años.
Sonreiré a la niña que amé en otros tiempos
Y devolveré el envase que debía en el kiosco
enterrado.

Me gritarás y esperarás que diga lo que ya nadie
recuerda,

te quedará el viento de consuelo,
y el instante amargo donde se pierde todo lo que
queda,
el espejo de un baño en llamas,
salpicado de nada.
Sólo verás jugar al fantasma hace tantos años
olvidado,
y será tu propio fantasma olvidado hace tantos
años.

Los días del ánimo

(1)

No era yo quien tiritaba Rubí anoche sobre esa
playa,
ni de mi se reían los pacos. Yo no fui el del
intento del
barranco,
¡Oh no! , yo sólo estaba observando...

(2)

Escucha la noche Rubí, te hablaran sus fantasmas
allí afuera,
verás caer el rocío como todos los años.

Rubí, escucha la noche y entiéndela,
en ella estarán salvados los delgados misterios de
todos
los amores,
en ella los perros y sobre montañas, así como
antes
un reflejo en el ojo, todos los amigos aullando.

Rubí ya se ha hecho tarde y debo regresar, ¿te
marchas

mañana?,
yo me quedo...
¿o me marcho yo también?, ahí tú te quedas
¿Quién entiende esta vida Rubí?
Tan sólo hecha de pedrazos ¿para sufrir?
tan bien hecha de pedrazos ¿Cómo tú?
tan bien hecha de pedrazos Rubí.

Pero escucha la noche, ya no puedes descansar
por la ventana mirarás caminar a los mineros,
tropas y tropas en tanto frío Rubí,
me delatas y yo te siento.

Escucha la noche,
a los amigos de siempre
no hay nadie aca.

(3)

Y habías oído que tiritaba Rubí,
justo cuando había decidido cambiarte por la
primera que apareciera,
que regaría mi odio y tu espanto en sus sueños
sangrados,
que mordería sin piedad sus esplendorosos
pezones
armando camino sobre su ovario.

Que las piezas cuando niño eran mejores,
que no colmábamos un adiós entre calvarios,

pero ¿qué harás tú ahora mismo Rubí, sin mis palabras?

Acaso ¿me escucharás con el tacto en la noche, mientras la cama de vueltas y tirite como las hojas de los álamos?

Recuerda bien el nombre del triste diablo, un generoso estridente echado a fuego en el culo de este planeta.

Yo también odiaba pasear borracho por Santiago, yo también lloré abrazado a un semáforo en la lluvia, busqué entre ascensores algo para el alma.

Rubí, yo también fui un fantasma creador de la condena pero ahora, tan lejos tú de mí como yo de tus sueños.

¿Qué harás cuando me monte el pergamino de miles de viudas sufrientes, cuándo sepas que había amado solo la soledad en tiempo de compañía, que lloraba como una mierda en algún piso en Tocopilla que ni mi madre ni mis hermanos me vieron lejos?

Rubí
justo cuando pretendía lidiarme a besos con el
fuego
has sabido de mí nombre,
ahora y en toda hora
búscame en una calle si quieres conversar,
allí hallarás solo los huesos tras la insignificancia
impávida
y lamentosa de nuestra soledad,
ahora y en la hora de nuestra muerte
te amare...

Rubí, verás carmesí cayendo de la noche,
las manos apretadas,
y como antes alguna vez
cualquier playa, cualquier calle
a cualquier hora
te devolverá a mi memoria.

(4)

Desde lejitos "a ru ru", durmiendo la pesadilla
desde lejitos guagüita mía no estoy sangrando,
ya estoy bien.
Desde lejitos ayayay volando paloma herida
canción de amor en la mañana
media y espesa melancolía.

Desde lejitos cascabel sopa de letras
todos los conejos atrapado por tu padre.

Duerme niña, duerme y no te vuelvas
que la tarde baleó a gritos al que no se acuerda.

(5)

Como un tren salta al amanecer una frecuencia
entrañable,
veo en los ojos de la luz que se sucede
entre cortinas los ojos de mi madre,
veo un festín de mil dioses entre
esclavos,
veo un festín de mil voces entre palos,
veo rieles...
azules...
amarillos...

Cantos de grillos
congelando la memoria,
veo sin fines de misterios
pero todos están negros
porque me haces falta tú,
tú
¿Por dónde andarás?
¿en qué esquina, en que umbral de la
memoria congelada?
¿en qué terrible y derramada sangre de
las manos?
Colgándole a los años
la condena de la pena

y de todas maneras
mi alma enterrada
con uno de tus clavos.

(6)

No era yo quien tiritaba, Rubí, anoche sobre esa
playa,
ni de mí se reían los pacos.
Yo no fui el del intento
el del barranco
¡Oh no!, yo sólo estaba observando...

La Inminente muerte de una flor (reflejo de CHUQUICAMATA)

Aquella muchacha seguramente esta enredada entre las sábanas entrando al cuarto sueño. Sobre su velador el vaso de agua que habría dejado su bis abuela hace unos siete años, dos noches antes de morir.

Hace tanto que nadie encera el piso de madera que colocaron los gringos en el tiempo de la "Anaconda Company", hace tanto que nadie pasa un trapo sobre esas botellas que adornaban la casa en la cual un fantasma se nutrió mil años.

En fin aquella muchacha seguramente sueña que la persiguen y trata de correr pero no puede, no puede, las sábanas la han abrazado de tal manera que escasamente le permiten a su corazón seguir latiendo.

Papá, ¿Dónde te fuiste a esconder con el tourbillón dorado de enfermedades terribles?, ¿dónde fueron a tiritar ahora mismo tus manos?. Mi hermana extiende el aliento en otro lugar, mi hermano se ha muerto, la última vez que dejaron flores en su tumba fue la primera, aún recuerdo cuan triste fue aquella vez, quizá sea aquello lo

que terminó por matarnos a todos, tal vez fue eso lo que hizo que un día mamá zarpara en un viejo barco que terminó por hundirse definitivamente en el horizonte que marcaban todas nuestras lágrimas.

Aquella muchacha se desangraba, pero al menos algo la atendía, aunque haya sido esa empolvada sábana de años. A otros los dejaron solos, los hijos del vecino se pelearon a muerte por quien usaba por última vez la computadora, claro está que hablaban con la misma muchacha. Los gatos en el paradero se ven cada vez más tristes, ¿por qué dejaron crecer tanto ese pimiento si después lo iban a abandonar?. Lloro las resinas que caen a hacerse partícipe con el maullar, de tristes gatos en la esquina.

Dios: ¿Dónde dejaste la bicicleta de mi hermano muerto?, quería llevar a Renata y las hijas del carnicero a ese río oscuro en el depósito del ácido sulfúrico, bajo las tortas, el lugar es especial, además me recuerda que aun respiro. Es tan grave el dolor en la nariz cuando pasas por allí , las muchachas dijeron que por las faldas de la torta caminaba un fantasma, era el fantasma de una mujer que iba rodeada de perros. Nadie sabía dónde iría, igual que tú, papá, igual que tú y Dios, y mis sueños que a veces también se deprimen.

¿Dónde han dejado el teléfono blanco?, aún recuerdo algunos números: 313257, 324602, me los aprendí a llanto, por desesperación, igual que la tabla del cuatro, porque había que sabérselas a la hora del té, porque había que llevar los cuadernos y exponerlos y demostrar que habíamos anotado la lección de la escuela.

¿Dónde están todos a esta hora?, ¿dónde están todos?, me preocupa que la muchacha se pueda asfixiar con esa sábana. La he tratado de despertar hace ya tres días, pero es inútil, nada la despierta, ya no cesan las lágrimas, los gritos en el baño, el viejo hombre alto entrando por la cocina, los gatos bajo el pimiento, el padre se ha hecho humo, la madre bajo el mar, el hermano bajo la tierra , y la inminente muerte de una flor...

Ya nadie me acompaña a la escuela, la escuela está en algún lado, todo empolvado en esta pampa, todos han desaparecido en Chuquicamata, el amor era un absurdo, no me sirvió jamás la tabla del cuatro, ¿quién me responde a esta hora?. Yo, con mi cuchilla de nubes sangrando, apretado al pecho de una mujer mis años, mis manos se ausentan entonces, corriendo sobre el odio... se ausentan.

Viste desaparecer a mi madre en la esquina, mi hermano echaba bronca congelado, ni los pájaros ni los vecinos se salvaron, la familia se echó a lágrimas la caída, la familia estaba muerta todavía, plegaria de amor al horizonte, dios se enamoró del triste tiempo, yo y las chiquillas no queremos volver jamás, dolor de fuego en Chuquicamata, maldición de pampa en Chuquicamata.

Santa Isabel 55

¿Qué es amar si no el mundo en el que buscarte?
Caen cataratas sobre lo gris,
lo eterno sobre lo gris,
una pequeña botella de Coca-Cola, la tarde nos
ha matado, la tarde sobre lo gris.

Me sacaré los ojos con cucharas, ¡no se lo digas a
nadie!,
mañana cuando empiece mi último día, será
como el primero,
no me encontraré con amenazas, solo y solos, los
recibiremos.

La gente se muere, no lo quiero ver, los patines
se han secado sobre el barro,
ese conejo era lo único que teníamos, tu padre lo
ha matado,
en el cuarto de las calderas dejamos madurar las
paltas,
hace tanto tiempo que peno en Santa Isabel 55.

El sillón rojo no es más nuestro sillón, y en la
ventana, la marca,
tu marca, que parecían poemas chinos.

Sabes que no hay más inviernos que aquel
invierno y que te extraño.
Nos bajamos las escaleras hablando solamente de
una idea que no recuerdo,
y mientras cocinaba, tu dabas vuelta páginas en
aquel diccionario de inglés
que antes fue de tu madre y que ahora no existe.

Un día botamos todo y creo que parte de esa
alma igual se fue,
botamos la cama, los platos, cortinas, botellas,
papeles y el viejo sillón.

Ahora me pongo triste y por eso intento sacarme
los ojos con la cuchara,
pareciera que ya no se puede llorar más.

Te echaste a morir lejos, pero sólo para el eco que
aún percibo, todos nos marchamos alguna vez,
mañana iré a desnudarte, serás eterna y completa
y yo dentro de ti, toda una vida como siempre he
querido,
porque en el fondo hasta los fantasmas sabemos
olvidar.

Anoche lloró una niña y tú misma la mecías. Tú
ordenaste los tiempos
en que me condeno a la gracia, siempre sabiendo
que ya han muerto todos,

que mi espalda era un pecado para tu pierna
alada,
que tus ojos eran pecados para mis dedos firmes,
que al final la noche se lleva todo.

No deberíamos volver al 1803, Santa Isabel se ha
quemado,
todo está lleno de humo y hollín, las escaleras
cuentan un mito,
las escaleras cuentan que alguna vez nos vieron
allí,
sentados, aguantando las ansiedades,
prometiendo jamás dejarnos solos.

Ya nadie enciende aquella chispa divina,
ya nadie puede provocar la paz
silencio, Santa Isabel nos ha dejado.

La Fuga

Adiós, adiós
chao, chao
querida sombra que tropieza en la mañana
buscando un árbol, para treparlo y ver como a lo
lejos juegan cosas que no se pueden descifrar.

“Adiós, adiós”

“chao, chao”

Se despide la mujer del hombre
y el hombre tan pronto como llora,
agarra el abrazo del aire y lo hace eterno.

Adiós, adiós

chao, chao

Me estoy despidiendo desde ti, del cielo
del ocaso, del espacio, del pavimento,
de la infancia terca que arrimó un diciembre
tétrico

que me trajo y me dijo:

“aquí estás, esta es tu vida, aférrate a ella, es tu
cuerpo, son tus ojos y tus lentes, tranquilo
porque tan pronto como amanece descubrirás”.

Adiós, adiós

chao, chao

Me marchó, me alejo para entender por qué
agonizaron los pájaros en los ojos de mi abuelo,
por qué se reía en primaveras deprimentes
o por qué el sol tan claro
hace más dudosa la partida.

La sangre se seca, los ojos se secan,
las manos se secan hasta volverse un poco de
tierra.

No quedan fotografías dando vueltas,
no más acides, no más dolor de espalda,
no más caminar con un cuerpo cansado...

Adiós, adiós
chao, chao

Me voy, pero te dejo las estrellas,
te guían en el frío camino hasta tu casa
te acompañan en las noches
se reflejan en tu taza de té,
se arrugan en tu frente de noche.

Adiós, adiós
chao, chao

Chao, muchacha, mírame correr,
soy yo quien sube la montaña,
ya no cargo nada.

Mírame los ojos,
no hay lágrimas,

mírame la cara,
es sencilla como al dormir.

Adiós
me voy,
pero tranquila
que de antes ya me fui.

Carta de un hijo lejano a una madre triste

Era necesario huir de la región,
correr como un caballo espantado por los cerros,
sentir que todo el universo era una cárcel
maldita,
escuchar cantar a las aves para imaginar juguetes
lejanos,
comprender las flores,
llorar con las espinas.

Era necesario mojarse la cara con el agua de un
río distinto,
aguantar la angustia en el pecho,

porque la maldición de la adicción fue mi
amuleto
y mi más fiel compañero,
mi esperanza.

Sólo bebiendo podía encontrarme conmigo
mismo
y mirarme en el espejo
y reconocermelo herido,
viejo,
deshecho.

Era necesario respirar y dejar que pasen las
horas,
los objetos amados ya estaban perdidos
y un alejamiento fulminante me arrojaba a una
cama
lejos de ti.

Madre
¿Dónde está el dios inteligente, que todo lo sabe?
¿Se extravió enfermo tras tanto avistamiento?
¿Se marchitó radiante tras tanta alegría?
¿Cumplió su ciclo y ha muerto?
De algún modo cada día morimos un poco más
y ya ha pasado el tiempo
y mi cuerpo se ha cansado,
y tus ojos también tienen secuelas,
y algunas sedas de plata han aterrizado en tu
cabello.

Qué extraño desde lejos.

Éramos una casa amarilla con patios de calamina,
con piso de madera,
murallas gruesas y ventanas que silbaban.

Éramos antejardín con palomas muertas,
un kiosco de frente.

Éramos pimientos y semillas rojas,
canarios sin rejas,
perros en la calle.

Éramos tortas de ripio
padres lejanos,
sol interminable.

Pero nos desvanecemos,
las historias no son eternas por su constancia, si
no por su significado,
es por eso que te escribo ahora,
a varios kilómetros de distancia,
con una cara distinta,
más triste que nunca,
con el dolor que la abstinencia regala,
para decirte que espero
que los luceros que aparecen de repente
te dejen la tranquilidad
pues guían el pulso de tu hijo espantoso,
para que sepas que son

significantes, indestructibles de un amor eterno que sobrepasa las trampas del tiempo y de la muerte.

Te escribo además porque hoy
justo hoy, se conmemora un día más desde tu nacimiento
y podré arrodillarme frente a los huertos
y comprenderte como esa flor que se enciende
para jamás apagarse.

Nos encontraremos, claro está, pero tendrá que ser en otros tiempos, con otras condiciones, con los daños reparados. Y solamente será, para que descubramos tal vez, que el amor no es de repente, que el amor no se logra forzando, que el amor no se extermina con ideas, ni hechos, que a veces uno no deja de amar a quien lo daña.

Nos encontraremos, seguramente
aceptando el daño inevitable del tiempo
que no nos deja volver a ser los mismos que alguna vez fuimos,
que no se puede volver a la casa amarilla,
al campamento,
o a nuestros muertos.

Carta de un niño jubilado a su ángel de la guarda.

*“Angel de mi guarda,
dulce compañía,
no me desampares
ni de noche ni de día”*

¿Y qué nombre de mujer como un grito te gusta?,
utilizando los labios para marchitar las semillas,
para que todos los espejos se empañen, incluso
aquellos en los cuales nunca te miraste.

Pusiste la mano en la figura y la hiciste danzar,
¡oh que felices pasos!, y pusiste el ombligo en la
memoria inminente, agarrando de las nubes lo
que sobraba.

Tomaste la bicicleta en la madrugada, cuando
aún quedaba neblina del opio fumado por los
espíritu, y recorriste tristemente las calles, que
jamás han vuelto a aparecer, porque parece que
en ello hay una virtud, un juego de barajas, un
secreto zumbido orgásmico, armadura de
papeles japoneses, repletando el milagro de
polvo de esferas, que no alumbraron como el sol,
que sólo fueron esperanzas, conjeturas, arrugas,
pellizcos, mordidas, soplidos, lagrimas...

Aquí Renata, aquí es donde nace el polen y
mueren los gatos, aquí, justamente donde he
puesto mi bota a naufragar, sobre este pozo
artificial en hora imprecisa como aquella...

Todas las nubes y todos los sueños son desde siempre eternos, y más lógicos que las pronunciaciones del té. Existe aquí el demonio de alquiler, guardando cuerdas y pitas y rodillas peladas. Me traes una vez más a la infancia, y volvemos en bajada en las bicicletas, en bajadas mortales, Yo anduve con mis hermanos vagando inconfundibles, con los ojos brillantes de conocimiento, en un pueblo completamente enterrado por el ripio. Subimos a los arboles, dejamos gatos morir, te cuento a ti porque no me conoces.

Fueron enormes barcos de lata en parques despedidos por el frío. Fueron revistas pornográficas antiquísimas obsequiadas por otros fantasmas, puestas divinamente, para despertarnos sexualmente, o simplemente inmutarnos en el cruel grito destinado. Si, justamente el día en que descubrimos la muerte de la santidad de nuestros padres.

Armamos nidos para las palomas que robábamos, y las bañamos y les dimos bautismo, y nos fuimos escupiendo todo el camino de ida a la iglesia por no poder compartir la comida y luego escuchamos el sermón del sacerdote, aún sin convencernos, aún deseando extraviar

nuestras balas en el pecho de un lejano enemigo,
que esperaría tranquilo en el imperio...

La vida, es este vértigo y angustia, y desprecio de
flores moradas impenetrables,
del agonizar de los perros amados, la Danska, el
Gojan, la Charlot, eso era estar vivo, y allí vuelvo
armando apetito desesperado ante la
enfermedad del recuerdo, ahora que mi casa no
tiene techo ni ventana, solo una tibia capa de
polvo, violada hasta no poderse más por los
vagabundos que habitaron el último tiempo,
limpia de fantasmas más no de fragua, mas no de
recuerdos...

Siento el paso Renata, a poco de tu silencio,
es mejor estar muerto a ser sólo carne, carne que
apenas vive por inyecciones del desvelo.

Quien como tus mañanas aprisionadas al pecho,
lactando como en casualidad, incoherente,
para que bajen brújulas morales a deshacernos
de la espera.

Es normal joderla, joderla toda, pero lo que no es
normal es reparar, por eso es lo que más cuesta...

Boca abajo, miro mis pies y mis rodillas de niño,
agarrándose a los pedales, mis manos sudadas en
el manubrio, y respiro cerrando los ojos, porque

si los abro, pierdo la bicicleta, el campamento y la edad querida...

Aquí está mi niñez, te la regalo para que no te falte hasta que me olvides...

Soy un pájaro negro

Soy un cargador de rieles a montañas,
¡un pájaro negro!

Soy un pájaro negro ¡un pájaro negro!
Antes, si bien recorrí con el milagro almática la
soberanía de tu polen,
perdí de mares mi barca roja, donde hallarías el
pez y el estridente.

Me he convertido en un loco mortero,
mi camino es desigual.

No duermo,
Sólo alarido de polvo bajo tus pasos,
tus manos, tibias manos acariciando las mías,
¡qué digo!, mis alas
y montando rumbo en una serpiente besé su
cabello reiteradas veces.

No me siento bien,
no vuelo corazón tras las pedradas
por donde duermes vuelo haciendo sonidos
diabólicos,
la suma de un tres y un tres
y un tren, y un sable, y una carnívora salida a la
callejuela,

y los perros, la droga, el vino,
todos, todos, callando
Soy un pájaro,
Soy un pájaro negro...

De mañana

Me has llamado por el nombre cuando desperté
en el techo fértil, me gritaste el insulto de la vida,
me has llamado por el nombre cuando paseabas
caballos de algodones.

Yo te he perseguido ebrio por el bosque de
polvo,
me asustaron tus pájaros y el desatino.

Mañana encontrarás nuevamente lo que digo,
me has llamado por el nombre cuando planeaba
guerras y frustrados fusiles,
me has llamado por el nombre cuando
incendiaba cunas en el acurrucamiento
desdichado.

Vuelve maldita a ser mi lágrima primera,
vuelve a la casita de la pena.
Yo prisionero, haré un recuerdo que con la
sangre,
Vivirá en el alba...
De mañana me aleja tu nombre,
donde el sol conduce a la calle...

19 de octubre

Un hombre cualquiera
puede sentir su piel endurecerse una noche
cualquiera, y ve su sangre oscurecerse
en una fosa cualquiera, y el pecho congelarse
tras una bala cualquiera.

Ese hombre o ese muchacho
Puede ser también un niño,
ya no puede ver nada, sus ojos son vendados.

En lo precario de la pampa alguien lo espera,
en una esquina de la ciudad alguien lo espera,
entre los bosques o en la cordillera alguien lo
espera,
sentado en la arena, frente al mar alguien lo
espera.

Un hombre cualquiera es igual una mujer,
una nena pequeñita o una señora mayor,
da igual.

Un sueño cualquiera, estalla en los ojos de
alguien
que sólo pregunta: ¿Dónde están?

Oda Cobarde

Hey!

Yo te invito a cabalgar conmigo
por este siempre domingo camino.

Una suerte de disparo por donde a nadie le
importa más que a uno mismo
lo que se pueda estar haciendo.

Te invito a asumir ruidoso y despeinado
los cristales eufóricos del dolor más venidero,
el cristal indestructible del lazo olvidado,
el cristal impenetrable de los corazones
nostálgicos.

Oye

¿me estás escuchando?

No se puede escuchar el frondoso despertador de
las carnicerías humanas,
ni el soneto enfermo de lo que se hace cuando se
hace,
no todo se justifica.

Cabalga conmigo,
después de las praderas podridas del polen de
primavera
volverás al sol y la sal en el desierto más seco.

Todas sus métricas y cantos, formas de hacer o
no hacer la poesía,
no es más que el miedo a volver a la calle,
la comodidad de la casa y la biblioteca,
del calor y del hijo,
si cabalgar.

Acá todos los niños y niñas
son mis invitados
justos o injustas,
cada quien con sus ojeras y los dientes que le
queden,
sin ediciones ni corredoras,
sólo un firme paso indiscreto,
altivo al encuentro con el milagro tornasol de la
valiente juventud.

Violenta esfera violeta

Cambiarás tu cara por la cara de la paz,
interesantes ojos iluminados esbozarán tu
caminata de pasada en la tierra.
Será el hombre un fuerte bastión de amor
cuando contemple en silencio el árbol que ya no
existe.

En el lugar preciso donde ya se pavimentó,
volverán a reírse sin odio los vientos sin chocar
con rascacielos,
los dibujos serán el día en que sentarse a pensar,
una mirada es sólo la mirada de la vida.

Anda, siente, observa el sonido del aire al entrar
por las narices
¡Siento la vida en una sentencia iluminada!
ni correteos de motociclistas,
ni disparos afuera de un colegio,
ni la sagrada droga en caminatas por la línea del
ferroviario.

Todo un monte de amor se interpone entre una
lluvia de escupitajos,
el capitalismo tiene que morir.
Estalla en un circo el grito de los niños, esta
ciudad está muy mal.

Grandes álamos te bendicen,
grandes álamos de vida te entregan del dolor,
grandes álamos la sombra de primaveras,
álamos y visión de fuego nocturno.
Siéntate en la roca, allí o sobre el lomo de tierra
aún puedes sentir las hormigas,
grandes cantos de amor nos alejan esta noche,
torrentes de estrellas, cantos de amor nos
separan esta noche,
muro de adobe, cantos de amor, en luna llena,
violenta esfera violeta adornan sus cabezas.

Las Flores de la comuna de Calama

(1)

Que se mueran todos,
que caigan por horizontes de colores
mientras que el bramido de miles de motos
significa que nuestros amigos ya han partido.

Los veo de reajo
pasan veloz como balas,
son miles,
sonríen mientras los choclos se quiebran.

El campo amarillo de esta ciudad los pone en
silencio,
todos felices y drogados
con los labios partidos por la sequía.

Que se mueran todos,
piensa el viejo turco del almacén,
el judío del banco,
el gendarme demócrata,
el doctor cristiano.

Que se mueran todos,
pienso igual yo
mientras termino de un sorbo la cerveza
y la tarde de oro de la pampa

se vuelve en noche roja,
y los amigos no son más los amigos
sino cuerpos,
velocísimos
dirigiéndose al infierno.

(2)

¿Es ese hermano, el árbol del placer?
¿Ese es el ermitaño que se alimenta de las ratas?
¿Por acá pasan el tráfico de autos y drogas?
¿Acá mataron al hermano menor de los Rojas?
Todas esas latas revotando entre los fósiles,
mierda de vaca y de caballo del tiempo de
Abaroa.

Mierda de miles de gitanos que acamparon en
esta pena.

Cerca estaba el río, pero el agua era veneno.
Mierda de cenizas de pipas distraídas,
mierda de horizontes de flores rojas,
mierda de amor de los patos,
mierda de polen.

¿Este es hermano, el árbol del ahorcado?
Por acá recorrió cuando chico un disparo infértil
de piscas del tiempo.

Tú , hermano, eres igual un asesino
arrancaste por la frontera con ovoides de miedo.

Tú, hermano, mataste la hiel del paraíso
pero no acabas con todo.

Tiras la lata,
rompes la botella
¿Es esa la mierda de la que me has hablado?
acumulada por tantos años.
Estos agujeros fueron pesebreras en otro tiempo,
¿es esta la mierda de la que me has hablado?

(3)

El tipo que anima en la plaza hace bailar a los
gemelos.

Les llama mongolos,
les llama imbéciles,
pasa y se ríe de ellos.

Ellos no entienden nada,
mientras uno trabaja recolectando botellas en los
negocios
el otro va a la escuela especial.

En las tardes pasean, bailan y gritan.
El tipo que anima en la plaza hace bailar a los
gemelos,
les llama mongolos,
se ríe, se ríen.

La gente pasa y saca fotos,

los incitan a bailar.
Pero aguarda,
Fuera del teatro la triste hija de clara se ha volado
la cabeza, al parecer no le quedaba que fumar.

(4)

Aún recuerdo con que firmeza agarrabas el
volante del auto azul
Blue car
Y llenabas de púberes la parte trasera
<<Misericordia>>
Las bebidas energéticas daban botes de un lugar
a otro,
el humo de la marihuana
insurgente ante apariciones divinas.

Monjes en la esquina transformándose en hadas,
divina flacuchenta congelada,
¡podría ser mi prima!
podría ser una hermosa diosa de arriba
tratando de enfrentarse al frío,
al terrenal sorbo del horizonte,
entre caricias calientes de faeneros
la hacen ponerse alerta.

Aún recuerdo con que firmeza pasaste esa curva,
los chicos se ven felices.
Todos parecen felices, pero yo lloro.

Los reflejos amarillos de los postes me recuerdan
tantas cosas,
los chicos no entienden que me pasa,
las diosas y los monjes de las esquinas se
disuelven en la noche,
los chicos se burlan,
se acabará la bencina,
mi padre volverá a enfadarse
<<misericordia>>

(5)

Tendría que volver a subir por la escuela Andrés
Bello de Calama,
detenerme a observar que hay atrás de esos
grandes muros de adobe,
soplar en ellos para sacar la capa firme de
pintura
y ver si abajo encuentro pintado a sangre el
nombre de mi abuelo.

Tendría que volver a las parcelas y desafiar a los
perros,
robar choclos que aún no sirven para comer,
tirar piedras luminosas a los amigos nonatos
y sentir el paso nostálgico de lo perdido.

Tendría que ir al kiosco del Johnny a comprar el
pan,
y luego quedar de loco

al preguntar en una casa
de la calle Los Nogales
por personas que hace tantos años dejaron de ser.

(6)

Mira la luna desde este abrigo de vidrio,
nadie te entiende más que ella.
Mírala sonreír cuando acecha el olvido.

Tu padre y tu madre se odian tanto
pero el viento no para,
ese árbol se está moviendo,
mira la luna linda niña y en ella mil caras.

No existen perros que vuelen con rabia,
toda la melancolía se define en el arroz
en las legumbres , en las plantas.
Nadie más estuvo antes que yo,
baila y no te quejes
que es mejor secarse al sol
que toda una vida a la sombra.

Mañana volveré, hace tanto tiempo ya que me
había marchado,
he estado declarándole la guerra al odio
a veces te puedo llamar
mirando la luna desde este abrigo de vidrio.

(7)

En Topater el heroico ejército chileno
violó una paloma,
¡qué bien!
sus hijos ahora vuelan libres
anclándose en la nada,
con la inseguridad de no poder llegar a fin de
mes
¿Quién nos traerá la medicina este nuevo año?
Don nadie

Vida

Estar muerto en vida, es caminar como un fantasma sin un sentido.

La dirección es un puñal.
Haber armado una blanca estatua para adorar que con el tiempo se ha quebrado y caen en punta sus partes dirigidas solo a mi corazón.

Desangrarse sobre un plato de sopa,
mirar con recelos el café
y buscar una y otra vez
a esa misma figura que goza al parecer

cuando los ojos se me ponen más negros
y el corazón más frío.
"Hay que venir a este mundo a ser feliz" ...,
¡qué perdidos estaban los consejeros!

Miro con una sonrisa de ironía y pienso
que este mundo es un puterío descontrolado.

Suena el teléfono

Todo el día suena el teléfono,
no sé quién llama,
por qué gritan,
los peces se desordenan,
la casa huele a tocino y cigarrillo.

Suena el teléfono,
nadie contesta.
Por la ventana se ven niños correr,
Juegan,
casan mariposas.

El césped nunca creció parejo,
los pájaros dejan huevos.
El pequeño Johnny termina por derribarlos.

Todo el día ha sonado el teléfono,
doña Luisa golpea las sabanas en el tendedero.
¡Hace tanto calor en este lugar!

Mi perra,
la danska mira desde arriba del capot del auto
del vecino,
mira interminablemente.

Ya casi lo he logrado,

ahora solo me falta entrar al auto abandonado
y prender el cigarro.
Esta vez mis padres no me podrán pillar.

¿Quién soy yo?

Yo no soy nadie,
nada camina por mis ojos,
nada pronuncian mis brazos,
nada interfiere entre mi olfato y el recuerdo.

Miro por las ventanas de la vida
y apunto con mi 9mm,
sólo basta un poco de tiempo...
...ya estas muerta...

Congelado

Busca caerte nuevamente de esa cama
¡niña, deja de joder!

Ha pasado todo el día mirando la vieja foto de su
abuelo,
no ha querido probar la comida.
Debe estar muy enfermo,
se ve muy enfermo.

¿Qué podríamos hacer con él?
Sueña desde los arboles la muerte de todo un
planeta
profundamente navegante.

En un mar de perezas inflamadas
ruje como el
solo y de repente,
sueña en el grito de una danza.

En el mar hirviendo
sangra como lo ha hecho toda la noche,
sin cruces su cajón, se irá directamente al
infierno.

Y es que ha violado tantas veces su propia
imagen reprimida.

Tiembla,
cariño,
tiembla.

¡Niña deja de joder de una puta vez!
Ha pasado todo el día de espaldas a la repisa.

Allí guardan las flores y los objetos de su bis
abuela,
en uno de los cajones el dedo de uno de sus
muertos.

Han pasado tantos días,
está entorpeciendo la primavera.

Visión bermellón

Nado,
vuelo
profundamente por mares bermellón,
profundamente cubierto por mares bermellón,
interno, realmente entre manos que no existen,
mi garganta puesta a todo el mundo.

Suben,
baja
profundamente en bicicletas de algodón,
históricamente en bicicletas de algodón,
quebrando huesos de niños olvidados
como mi sombra, o estúpido ojo olvidado.

Tiemblo,
río,
sensiblemente sangrante al amor.
Violentamente sangrante al amor,
interpretando besos sobre una cama deshecha,
interpretando tanto sobre una vida deshecha.

Escupo,
sangro
tiernamente en mí, narcosis bermellón,
con mi defensa entre llantos de mi narcosis
bermellón.

No me podrás encontrar,
ya soy parte del todo.
Cuando todo se suceda,
ya soy parte del todo.

Fotos de un viaje ajeno

Miro sus fotos... las de un viaje lejano.
Su cara en otros lugares,
un continente tan desangrado es el que dejó.

Miro su cara bajo la estatua de la libertad,
ella sabe que la libertad no les pertenece.
Nosotros fuimos libres y terminamos
apuñalándonos.
Nosotros fuimos miserables y libres alguna vez.

Miro sus fotos y no puedo dejar de llorar.
Si bien ella ha vuelto, me temo que no del todo.
De alguna manera siento,
que algo se quedó para siempre pegado en el
mar de Boston.

¿Y si olvido...? ¡Yo no olvido nada!
Miro sus fotos y ya son las 16:51 apenas 9
minutos para dejar la oficina,
y como nunca, me quisiera quedar.

Es tan grave y desdichada la calle de Calama.
Los autos pasan melancólicos.
Mi taxi es siempre el taxi de nadie.

Camino con los perros, cuando puedo caminar.

Miro sus fotos y se me ha hecho sangre la garganta.

Ella me ha perdonado y yo la he perdonado a ella,
pero desde lejos, a veces, desde otras trincheras,
con recelo nos creemos porque no nos queda otra.

Y así el amor, camina siempre, por migrañas
paralelas, funciones incendiarias, latires
diminutos, corrientes del recuerdo.

Miro sus fotos y no puedo dejar de pensar...
¿qué pensar?...

La poesía

“¿Dónde encuentro la poesía?”

- me preguntaste-

¿dónde la encuentro yo?

-te respondí-

He estado sentado en este banco hace tantas horas.

Veo a las gaviotas recorrer

con ese lenguaje melancólico que habita en la costa.

“No esperaba encontrarte”

-me dijiste-

no me has encontrado

-te respondí-

Vivo buscando tiempos muertos,
mi calle es una cantimplora vacía en medio del desierto.

No tengo hijos,
no tengo padres.

Perdí a mis hermanos en una aventura entre trenes.

Aprendí a odiar las rosas, más no las espinas.

Vengo de un círculo como pueblo,
de viejos botes de metal hechos de juegos,
tirados para encontrar en ellos gatos muertos.

Mis ojos,
dos puñados de odio.
Los tuyos, dos puñados de nada.

“¿Ya me conociste una vez?”
-me dijiste-
¿cómo puede eso ser?
-respondí-

Entonces fue cuando se te llenaron los ojos de
lágrimas
y continuaste tu camino.
Y yo...
Pausadamente...
saqué la poesía otra vez.

Miro las fotos de una extraña
las flores que por algún motivo dejo marchitar
la posición de su cara ante el blanco y negro
y esa clara aceptación con que vive a sabiendas
del peligro.

Miro las fotos de una extraña y aun no me puedo
explicar
solo amo la expresión teatral de sus propios
tiempos
la postura de sus ojos ante la nada y
posteriormente ante todo
yo soy un grito desde lejos. ¿Puedes escucharme?

Esa extraña, aparece dos veces con los ojos de
nuez
aturdiendo el silencio, yo solo hablo como sé,
solo digo lo que yo entiendo

Pero los campos se sorprenden cuando sus ojos
se agrandan
y podríamos recorrer por ahí cantando silencios
el musgo es siempre eterno y los barros se
incendian ente la lluvia allá en Zárate.

Algunos animales que podemos presenciar me
matan a puteadas para sus adentros

no puede un hombre deshacer la flor del colibrí
y tú tan sonriente ante mí
y yo, tan miserable ante el tiempo
y los temblores ante las cosechas de la lejanía
y tu vista interminablemente exacta y brillante

Todos fantasmas de otros lechos y regiones,
inofensivos todos e insectos
podemos imaginar historias completas, si tan
solo me pudieras escuchar.

Esa extraña que interpreta los ojos con el
realismo del dolor
la mirada y la mano puesta
juega a darle vida a los dibujos.

¡Ya no digo nada!
historia despreciable del poeta y su silencio.

Recorro congelado las fotos del tiempo
la tarde es lenta y lluviosa
allá afuera los vagabundos tapan del agua sus
calaveras con nailon

Y yo solo quisiera saber si me escucharás otra vez
o si al final ante el peso de todo silencio
moriré de ternura
sobre las Fotos de una flor extraña.



Este libro se terminó de imprimir
en el Planeta Tierra, Verano del 2015

Otras Obras Publicadas

- Maten al Croupier** (Diego Herrera, 2014)
Tres Mujeres (Diego Herrera, 2014)
Tres Pasos Antes de Saltar (Diego Herrera, 2014)
Almas Perdidas (Cebolla Rossi, 2014)
El lugar más feliz (M. G. Paier, 2014)
Brotos del Alma (Cebolla Rossi, 2014)
Psicopedagogía Cotidiana (Beatriz Rivera, 2014)
Princesa (Maru Sanz, 2015)
La noche es una mujer que duele (Ivana Szac, 2015)
Con el Alma sin Miedo (Maru Morante, 2015)